

Albert empezó a hacer preguntas. Hacía preguntas en casa. Hacía preguntas en la escuela. Hacía tantas preguntas que algunos de sus profesores le dijeron que molestaba al resto de la clase. Le dijeron que o se comportaba como los demás estudiantes o nunca conseguiría hacer nada de provecho.



Pero Albert no quería ser como los otros estudiantes.

Él quería descubrir los misterios ocultos del mundo.





Un día, mientras paseaba en bicicleta por el campo, se fijó en los rayos de luz que el Sol enviaba a la Tierra. Se preguntó qué ocurriría si pudiera viajar subido a uno de esos rayos. En su mente, en ese preciso instante, Albert ya no iba en bicicleta por el campo, **sino que atravesaba el espacio sobre un rayo de luz.** Esa fue la idea más excitante que jamás había tenido. Y le dejó la cabeza llena de preguntas.





Albert empezó a leer y estudiar.

Leyó sobre la luz y el sonido. Sobre el calor y el magnetismo. Y sobre la gravedad, la fuerza invisible que nos sujeta a nuestro planeta y que evita que la Luna se aleje, flotando, hacia el espacio exterior.

